CHARLAS DE ADVIENTO (I)
LA NAVIDAD DE MARIA

En estas tres breves charlas de Adviento trataremos de prepararnos un poco más para acoger, celebrar y vivir todo el año la Navidad de Jesús como hijos de la Iglesia que somos, como hijos de María que siguen haciendo camino hacia el Reino mientras se ofrecen a Dios como mediaciones e instrumentos que lo hacen presente entre los hombres. Por ello, los temas elegidos para estos tres días son “La Navidad de María”, “La Navidad de Jesús” y “La Navidad de la Iglesia”. Miremos primero a María para aprender a mirar al Niño Dios que nos nace.

En el Evangelio la Virgen Santísima aparece como un sencillo ser humano, alguien semejante a sus contemporáneos, una persona humana (aunque llena de gracia), no una *diosa*. Su mismo nombre es común en la época, son numerosas “las Marías” en el Nuevo Testamento; significa algo así como “Princesa” o “Señora”.

San Lucas, presenta a María como una piadosa mujer judía obediente a la Ley. Su mismo cántico de fe, el Magnificat, es una recopilación de textos del Antiguo Testamento y recuerda el canto de Ana, la madre del gran profeta Samuel. María nos es presentada como un ser humano con unas características muy especiales, es la Hija de Sion, la personificación del “pueblo de Dios” en camino, buscando al Dios de las promesas desde la esperanza confiada en Quien nunca defrauda.

“El alégrate” del Ángel en la Anunciación no es un saludo normal sino que hace referencia a “las promesas” de la venida del Señor a su ciudad Santa (“Hija de Sion… alégrate… Hija de Jerusalén”, Sofonías 3,14-17). El título “llena de Gracia” o colmada de favor Divino, evoca a la Esposa del Cantar, uno de los símbolos del “Pueblo Elegido”.

La percepción de María como esposa del Espíritu Santo no es ajena a la espiritualidad de los Santos Padres de la Iglesia pero dicho título es una originalidad de San Francisco de Asís que, desde la vivísima experiencia de la realidad de la Encarnación, también la llama “Virgen hecha Iglesia”. La asociación de ambos títulos nos dice mucho de María y de como encarar con ella y como ella el misterio de la Natividad.

María aparece en San Lucas con una relevancia especial, ya que narra la Anunciación por parte del Ángel a María y la Encarnación del Hijo de Dios en ella, también la visitación de María a su prima Isabel, el nacimiento del Niño Dios, la presentación y el aparente extravío del Niño que es encontrado en el templo. Lucas

en los Hechos de los Apóstoles presenta a María como referente central en la comunidad eclesial, en la oración y en la dócil espera del Don del Espíritu Santo. De nuevo nos llaman los dos títulos de María antes mencionados, Esposa del Espíritu Santo y Virgen hecha Iglesia.

San Juan, coloca la vida de María entre dos circunstancias que la definen: en Caná y en el calvario. Siempre cerca de Jesús para, atenta, observar con solicitud las necesidades de los demás y poder interceder por ellos, y aún más cerca de Jesús cuando todo llega a su cumplimiento para seguir intercediendo y proveyendo para todos como madre universal entregada por Jesús al mundo. De aquí obtenemos el tercer trazo con el que esbozar un rostro navideño de María: Junto a su disponibilidad, libertad y obediencia para vivir su consagración al Espíritu Santo y junto a ser la hija de la Iglesia que es, a su vez, figura y modelo de lo que la Iglesia de Cristo ha de llegar a ser, María se nos presente como revelación de la maternalidad del Dios Trinidad, volcado en tierna misericordia providente hacia esas criaturas de Sus entrañas que somos los seres humanos.

Así, los evangelios nos presentan a María primero como creyente fiel, totalmente entregada a Dios y, en segundo lugar, como madre solícita de los discípulos de Su Hijo que la entregó a todos antes de morir. Estos retazos bíblicos nos la presentan como vivo anuncio de la Salvación. Ella también lo acepta y vive y opta en consecuencia; en El Magníficat, María es presentada como icono de toda la estirpe de Abraham, de la humanidad toda que anhela una vida diferente: la vida que Dios nos ha susurrado en los profetas y que ahora Jesús nos anuncia con sus gorjeos de recién nacido primero y con su clara Palabra después.

El rostro más navideño de aquella que para nosotros, franciscanos y toledanos, siempre es la Purísima, la Inmaculada Concepción nos orienta para introducir nuestros pasos por la senda que ella nos indica y poder así llegarnos con verdad ante el pesebre de Jesús.

La Esposa del Espíritu Santo nos dice, como en Caná, “haced lo que Él os diga” llamándonos así a la Navidad de Su Hijo por caminos de libertad, en la obediencia a la Voluntad del Señor que nos atrae hacia la Verdad y nos hace libres, que nos reconcilia, nos sana y nos levanta para llevarnos a Dios, juntos, como hermanos.

¿Qué podemos hacer para acrecer nuestra docilidad a la Voluntad de Dios y nuestra relación con Él a través de la lectura orante de Su Palabra?

¿Cómo podríamos ser en nuestros ambientes instrumentos de paz y reconciliación?

¿De qué medios nos podríamos servir para estrechar el íntimo vínculo que nos une con quien va a nacer?

Aquella que es Virgen hecha Iglesia por tener en su centro la Presencia viva de Dios, en el centro de su cuerpo y antes en el centro de su conciencia y de su corazón, nos llama a descentrarnos de nosotros mismos para avanzar en la conversión por centrarnos cada vez más en ser Iglesia, en ser casa de Dios de puertas abiertas y actitudes acogedoras.

Por ser templo y sagrario de la Santísima Trinidad, María es madre y maestra de cristianos. Ella nos enseña a dar a la gracia el protagonismo central que necesitamos que tenga en nuestra vida para sentir, como sintió nuestra Señora, la urgencia de la Caridad que es el Dios que llevamos dentro y que nos mueve, como le movió a ella, a salir de nuestro espacio de confort y vivir el misterio de la Visitación con quienes necesiten de nosotros para sobrellevar su debilidad y su pobreza.

Así pues, estos rasgos recogemos de la Navidad de María para que la nuestra sea un poco más como la suya, una Navidad que es sinónimo de camino hacia Jesús vivo: ser libres como María por la docilidad y fidelidad a la Voluntad de Dios que se nos muestra en la Palabra de la Vida, ser Iglesia desde una pertenencia militante y concreta a ella y ser templo y sagrario de la Trinidad movidos por la urgencia de la Caridad que es Dios para ser con los demás y para ellos un cálido resplandor del Misterio de Belén que dé luz, calor y color a su vida.